

**El Club de los desayunos filosóficos
Cuatro notables amigos que transformaron
la ciencia y cambiaron el mundo**

LAURA J. SNYDER

Traducción del inglés de José Manuel Álvarez-Flórez
Barcelona. Acantilado. Biblioteca de ensayo. 2021. 639 páginas.
ISBN: 978-84-18370-25-0. PVP: 29 €

Los protagonistas de *El Club de los desayunos filosóficos* son cuatro hombres (William Whewell, Charles Babbage, John Herschel — hijo del astrónomo alemán de nombre William— y Richard Jones) que han sido escrutados por la hábil lucidez intelectual de Laura J. Snyder (1964); hombres que, tal y como reza el subtítulo del libro, fueron *Cuatro notables amigos que transformaron la ciencia y cambiaron el mundo*. Esta historiadora, que ejerció como docente de Filosofía en la St. John's University neoyorquina, es autora de otro libro espléndi-



do, *El ojo del observador*, que apareció en 2015 en esta misma editorial (Acanalado) y que fue reseñado por mí en *Llull*.

La obra se organiza en un prólogo, trece capítulos, un epílogo, los consecuentes agradecimientos, una notable bibliografía, un oportuno índice onomástico y analítico y los créditos de las ilustraciones.

Gracias a *El Club de los desayunos filosóficos* conocemos las biografías de los cuatro científicos antes citados, en las que aparecen sus aficiones, características psicológicas, aportaciones científicas y, muy especialmente, su forma de entender la actividad científica en un momento en el que ésta se encontraba muy lejos de lo que hoy consideramos como tal. Y todo, con la sana finalidad de la búsqueda de la verdad, ya que como escribió Whewell: “el descubrimiento y proclamación de la verdad [es] un trabajo adecuado y una recompensa en sí” (p.202).

En la obra aparecen interesantes detalles de la época que se estudia, los primeros dos tercios del siglo XIX, y así, como telón de fondo de las biografías de los científicos, van apareciendo hechos que nos permiten hacernos una idea del ambiente en el que discurre la vida de los cuatro hombres: el “próspero negocio de la prostitución” en Cambridge; los casi permanentes enfrentamientos franco-británicos desde finales del siglo XVII; que no fueran demasiado raras, en las personas intelectualmente ilustradas, las visitas a las nuevas fábricas de la época para ver el espectáculo de las máquinas accionadas con vapor; que la reina Victoria, que realizó su primer viaje en tren en 1842, pidió a su marido, Alberto, que dijera a la compañía ferroviaria que la próxima vez el tren fuera más despacio; que en esos años el correo postal era pagado por el receptor y el importe dependía de la distancia, pero la influencia de Babbage, que calculó que el coste era mayor que la recaudación, hizo que el franqueo fuera de un penique; que un niño de ocho años, conocido de Richard Jones, era tratado por su médico con medio vaso diario de vino de Oporto rebajado con agua y leche fresca en vez de té y “sólo” seis horas de estudio diario; que la esperanza de vida de un niño al nacer era de 38 años, etc.

A lo largo de la obra de Snyder aparecen numerosos científicos que se relacionaron, de alguna forma, con los miembros del Club. Así, Humphrey Davy, entonces presidente de la Royal Society; Charles Lyell, amigo de Whewell; Darwin, impresionado con las ideas de Whewell y Herschel, etc.

Los cuatro hombres, referentes de este estudio, fueron “todos ellos lúcidos, fascinantes y eminentes, poseídos por el optimismo de la época” (p.13) y forjadores de una historia de la ciencia y de la técnica en una época que se puede considerar revolucionaria. Estos hombres, que coincidieron durante su formación en Cambridge, “urdieron juntos medios para reformar al científico y su papel en la sociedad” (p.14). Y lo hicieron siendo estudiantes, los domingos por la mañana, mientras desayunaban y después de haber asistido a los respectivos servicios religiosos “obligatorios” de los respectivos *colleges*.

Eran personas que querían mejorar el estado en el que se encontraba la ciencia en su país y, para conseguirlo, su referencia fue el filósofo Francis Bacon —principalmente su *Instauratio Magna*—, del que adoptaron su método inductivo. Porque los cuatro hacían suyas las palabras de Bacon de que “conocimiento es poder” y de que éste debería utilizarse para “mejorar la condición del hombre” (p. 579). En resumen, los cuatro sabían que la ciencia debía de reformarse y se iban a consagrar a esa tarea actualizando el método de Bacon y difundiendo su mensaje en conferencias, artículos, libros, etc. Sus ideas quedaron expuestas en textos como, el muy polémico, *Reflections on the Decline of Science in England*, de Babbage; la *Astronomy and General Physics, Considered with Reference to Natural Theology* y su *History of the Inductive Sciences*, obras ambas de Whewell; el *Essay on the Distribution of Wealth and on the Sources of Taxation*, de Jones, que utiliza por primera vez la inducción en la economía política y desmiente las predicciones económicas de Malthus y de Ricardo; el *Preliminary Discourse on the Study of Natural History*, de Herschel, y muchos otros.

Esto es, el Club empezó su andadura de manera similar a como lo había hecho en el siglo XVII la Royal Society: unos filósofos agrupados informalmente para estudiar las obras de Bacon. Pero se les quedó corta esta sociedad e impulsaron la creación de la British Association for the Advancement of Science, que, según Snyder “transformó la ciencia en Inglaterra y, posiblemente, en el mundo” (p. 251).

Fueron, además, personas cuyo desarrollo vital estuvo imbricado durante su vida, mantuvieron un contacto casi permanente y tuvieron un proyecto común: la reforma de la ciencia, una batalla que “acabaría cambiando para siempre la imagen de la ciencia” (p. 208). La consecuencia es que fueron, acaso, los últimos filósofos naturales y el punto de arranque de los nuevos científicos: “habían empezado por convertir la filosofía natural en una profesión. Habían pedido públicamente financiación pública para la innovación científica, y habían insistido en la importancia de la medición y del cálculo exquisitamente preciso” (p. 236). Querían cosas que hoy nos parecen evidentes; por ejemplo: cátedras de ciencia en las universidades.

Asimismo, hicieron actuaciones que pusieron en funcionamiento instituciones como la ya citada British Association for the Advancement of Science, crearon la primera asociación británica de estadística —que buscaba la incorporación de los procedimientos estadísticos a las ciencias sociales y naturales— y utilizaron por primera vez la palabra “científico”.

Eran hombres con mentalidad científica moderna y así, por ejemplo, Herschel en su diario anotaba “la temperatura del agua de mar; su propio ritmo de pulsaciones; sus experimen-

tos sobre el punto de fusión del aceite de coco; sus cálculos de las distancias lunares; la descripción detallada, minuto a minuto, de un eclipse lunar, y lecturas meteorológicas horarias” (p. 258-259). En un ámbito diferente, Whewell demostró tener, entre otros, unos excelentes conocimientos de disciplinas científicas muy dispares: astronomía, mecánica, óptica, mineralogía, botánica, geología, acústica y anatomía comparada.

Pero los hombres del Club realizaron aportaciones científicas muy importantes y no se limitaron a crear filosofía de la ciencia. Así, Herschel cartografió gran parte del hemisferio sur, creando un mapa que, fue guía para los barcos “que surcaban las aguas de aquella parte del mundo durante un centenar de años” (p. 267), compiló 1707 nebulosas meridionales y, además, aunque se ha atribuido a William Talbot (1800-1877) el “descubrimiento de la fotografía, Herschel fue el primero en publicar los resultados químicos que condujeron a la nueva tecnología” (p. 358) —y puso en circulación el término fotografía, que sustituyó al de “dibujo fotogénico” de Talbot; Babbage es considerado el creador de la primera computadora, una máquina analítica que “incluía todos los elementos de las computadoras digitales de hoy” (p.342) y realizó estudios muy interesantes sobre el lenguaje cifrado; Whewell, inventó el anemómetro automático, que medía la intensidad y dirección del viento; Jones fue un pionero en estudios sobre las Leyes de Pobres inglesas y la eliminación de los diezmos medievales.

También fueron hombres interesados por las letras: Whewell tradujo, del griego al inglés, una de las primeras colecciones de diálogos de Platón y era un excelente conocedor de las obras de Jane Austen, Herschel tradujo la *Iliada* en hexámetros, etc.

En la obra de Snyder hay una escueta referencia a España. Se trata de un concierto vespertino, en el Trinity College, de la cantante María Malibrán, que era el nombre artístico de María Felicia García Siches, hermana de Manuel Vicente García (1805-1906), inventor del laringoscopio.

Me ha llamado la atención, en una obra de presentación tan cuidada y traducción tan precisa, la utilización del término “botanización” cuando se refiere al hecho de que Hume acompañara a Rousseau a “viajes de botanización” (p. 251); algo menos llamativo me ha parecido utilizar “destinación” (p. 196).

En cualquier caso, la obra de Laura J. Snyder es realmente extraordinaria por muchos conceptos: contenidos, amenidad, conocimientos de la autora, exposición... En fin, creo que es un libro que debe ocupar su sitio en los anaqueles de cualquier interesado en el nacimiento de la ciencia moderna.

Francisco Teixidó Gómez